

THOMAS MONTASSER

Una librería con magia

Un maravilloso viaje al fascinante mundo de los libros

Traducción:

MARÍA DOLORES ÁBALOS



MAEVA

«Como verás, la realidad
no puede hacer frente
a la literatura.»

LA MADRE DE VALERIE

«Un libro es mucho más que
la suma de sus letras.»

NOÉ

UNO

Si alguien hubiera mirado por la ventana, no habría visto nada más que la espalda encorvada de una señora mayor vestida con gran esmero, cuyo moño blanco como la nieve y un poco deshecho se balanceaba sobre la caja registradora envuelto en la indulgente luz de una tenue lámpara de techo. Si acaso, habría observado cómo la mujer trazaba una enérgica raya debajo de una lista que había anotado en un antiquísimo cuaderno de contabilidad. Luego, la anciana cerró el cuaderno con el mismo brío con el que abrió el bolso de mano que estaba al lado, extrajo de él un monedero del que a su vez sacó un billete de un valor más bien escaso y lo depositó en la caja. El observador habría visto que su estrecha mano salpicada de las manchas propias de la edad, pero por lo demás aristocráticamente pálida, cerraba a continuación la caja registradora y luego la rozaba de nuevo —como quien da un golpecito en el hombro a un viejo amigo para consolarlo—, para levantarse al fin, recorrer las estanterías que llegaban hasta el techo, contemplarlas y susurrarles algo y, por último, apagar la luz y salir de la pequeña tienda por la puerta de atrás. De este modo, nuestro observador se habría convertido en testigo de ese suceso que se puede resumir en cuatro palabras: la desaparición de Charlotte.

Ahora bien, no hace falta tener una especial clarividencia para reconocer que tal observador no existía. En esa —significativa, como veremos más adelante— noche de invierno no había ningún transeúnte que echara un vistazo por la ventana o, digamos más bien, por el escaparate. En otras palabras, era una noche completamente normal, en modo alguno inusual, una noche como cualquier otra. Pero eso no había que atribuirlo a la falta de gente deambulando por la zona. Al contrario, la pequeña tienda de la anciana se hallaba, si bien algo retirada, a un tiro de piedra del centro, como suele decirse. Una *boutique* del pan habría hecho seguramente un buen negocio, y también una licorería... por no hablar de una pequeña sala de *fitness*. En ese sentido, la anciana, a la que podría haber visto al principio nuestro inexistente observador, lo tenía más difícil. Mucho más difícil. Porque como es sabido, la clientela de paso es una especie rara, caprichosa, obstinada e imprevisible, pero sobre todo se caracteriza por estar ausente cuando se la necesita. Aunque, en honor a la verdad, hemos de mencionar que el ramo concreto del comercio de la anciana no depende en modo alguno solo de la clientela de paso, sino en mayor medida de la clientela fija. Pues en este tipo de negocio no se ofrece género de batalla para un rápido consumo, ni tampoco efímeras beldades que enseguida se marchitan, sino algo esencialmente más sustancial o, digámoslo así, más trascendente. Aquí se trata, en más de un sentido, del ser o no ser. De ahí que la desaparición de Charlotte pueda también considerarse con razón como un acontecimiento cultural... aunque desde luego nada agradable. Pero de eso hablaremos más adelante.

Aún tendría que pasar un tiempo hasta que la puerta de la pequeña tienda se abriera de nuevo. Aunque en unas circunstancias completamente distintas.

DOS

La pintura tenía ya algunos desconchones y el cristal de la puerta presentaba una grieta en una esquina. Valerie meneó la cabeza. Cuando por fin logró abrir aquella especie de castillo antiguo —la puerta estaba ya un poco oxidada y no encajaba bien por arriba—, le vino el olor del aire enrarecido por las semanas de cierre. Dejó la puerta abierta y lo primero que hizo fue ir al fondo del todo, al despacho, y abrir allí también una ventana. Por suerte, era un cálido día de primavera.

Valerie dejó caer el bolso desde el hombro hasta el suelo e intentó no desesperarse tan pronto. ¡Santo cielo!, ¿por dónde empezar? La tienda era como un vestido que la anciana se hubiera confeccionado a su medida. A ella seguro que le sentaba bien. Pero a la joven le resultaba incómodo y nada práctico. Lentamente, tomó asiento en el raído sillón que la tía Charlotte había colocado junto a la ventana para tener más luz.

—¿En qué lío me habré metido? —suspiró Valerie.

Sobre una mesita auxiliar había una pila de tarjetas de visita con el nombre de la tienda escrito en letras de caligrafía. Valerie tomó una de ellas y notó que irradiaba

una peculiar fascinación. La superficie parecía de terciopelo y las letras estaban estampadas en un color rojo oscuro. Valerie no pudo reprimir una sonrisa.

—Ringelnatz & Co. —dijo en voz baja.

En parte le hacía gracia y, en parte, le resultaba patético. Saltaba a la vista que la tía Charlotte había querido emular la librería parisina Shakespeare and Company que tanto admiraba. Ya puestos, ¿por qué no habría llamado a su tienda directamente Goethe & Co.? Valerie se sentía incapaz de resolver el enigma. Pero quizá no tuviera ninguna explicación. Tal vez se debiera sencillamente a que la tía Charlotte era de otra época.

¿Cuánto tiempo hacía que Valerie no pisaba la librería? Años. Varios años. Desde la muerte de su madre, había dejado de frecuentar a su tía, con la que su padre nunca se había llevado demasiado bien. Como catedrático de economía, siempre acababa sacando temas financieros en las conversaciones. Y entonces la tía Charlotte le crispaba los nervios.

—Sencillamente no eres una mujer de negocios, Charlotte. ¡A ver si te entra de una vez en la cabeza! —le gritaba en todas y cada una de las conversaciones que tenían.

Después le daba la espalda y movía la cabeza con gesto de resignación. Nunca encontraron un tema de conversación del que pudieran participar los dos.

Y ahora era precisamente Valerie la que debía liquidar la vieja librería, donde tan a menudo y tan a gusto había estado de niña, aunque luego le pareciera un tanto extraña y anticuada. La casualidad había querido que ella fuera el pariente más próximo de la anciana y que, gracias a su título recién sacado de economía empresarial,

dispusiera también de los necesarios conocimientos. Solo que en realidad tenía otros planes para cuando terminara la carrera. Quería dedicar cuatro semestres a hacer un máster y, al mismo tiempo, adquirir cierta experiencia profesional trabajando media jornada y prepararse como consultora para Escandinavia y las economías emergentes de los países bálticos. Mientras seguía sentada en la vieja librería de la tía Charlotte, fuera le esperaba la respuesta de dos docenas de solicitudes que había enviado a empresas punteras: servicios de asesoramiento empresarial, sociedades de auditorías, agencias de marketing y departamentos de estudios. Ahí es donde quería llegar: al meollo de los acontecimientos, donde palpitaba el *business*, donde chisporroteaba el ingenio y se inventaba el futuro. Sin embargo, había ido a parar entre papeles viejos y no podía ni imaginarse lo que le esperaba en los libros de contabilidad de su tía. Pero de eso solo adquirió conciencia cuando ya estaba metida hasta el cuello en esta historia. O incluso más tarde.

Todo este asunto era mucho más complicado todavía porque la tía Charlotte, aunque había desaparecido, no estaba registrada como fallecida. Sencillamente no la habían encontrado por ninguna parte. Tan pocos indicios había de que se hubiera marchado voluntariamente como de que se hubiera ido involuntariamente a algún sitio... aunque fuera al más allá. Pero como es natural, nadie se hacía ilusiones, y menos Valerie. Siempre le había caído bien su tía Charlotte, y le atormentaba que la anciana —para entonces estaría cerca de los ochenta años— se hubiera despedido tan misteriosamente de la vida.

Nadie la había vuelto a ver. Simplemente, había abandonado su existencia, tan apacible como extravagante. Y la nota que habían encontrado encima de la mesa de su cocina ni siquiera servía como testamento oficial porque le faltaba la firma; además, bien mirado, lo que importaba no era la posesión de los bienes relictos, sino únicamente su paradero. La nota decía: «Que mi sobrina Valerie se ocupe de todo». Nada más.

Daba la impresión de que la tienda no había cambiado nada desde la época de su fundación; es decir, desde finales de la década de 1950. Desde luego, las estanterías contenían otras lecturas, y el samovar —casualmente eso lo sabía Valerie con exactitud— había sido añadido en los años noventa, después de un viaje de su tía a la Rusia liberada del comunismo, el país de Dostoievski, Tolstói y Pushkin, la tierra añorada por Charlotte hasta que hizo ese viaje y volvió algo desencantada. En aquella época, la madre de Valerie le había dicho: «Como verás, la realidad no puede hacer frente a la literatura». (Pero por lo demás: viejas estanterías de madera que llegaban hasta el techo y que necesitaban desde hacía tiempo una mano de barniz, suelo de tarima desgastado, tres lámparas con unas anticuadas pantallas verdes sobre tambaleantes mesitas auxiliares, y unas pesadas cortinas de terciopelo con volantes y con los bordes recamados de oro, que separaban el escaparate del resto del espacio y que, probablemente, en otro tiempo habían sido un telón teatral de alguna época anterior a la guerra.)

Los años de la posguerra en los que la tía Charlotte había abierto la librería no eran malos para ganar dinero con la letra impresa; al fin y al cabo, la gente estaba intelectualmente hambrienta y anhelaba buenas historias

y sabios pensamientos. En principio, una idea comercialmente acertada, pensó Valerie, para aquella época. Solo que la anciana no supo adaptarse a los tiempos, en todos esos años no había cambiado nada esencial. Naturalmente, había sido arrollada por la profesionalidad de los modernos conceptos comerciales y por el *glamour* de los nuevos medios de comunicación. ¿Quién, si se puede saber, leía hoy un libro en serio?

Sobre la puerta de entrada colgaba un reloj, y a Valerie le extrañó sinceramente que no estuviera parado, tratándose de un lugar en el que el tiempo llevaba muchos años detenido. Las once menos cuarto. Y ningún cliente a la vista.

—Ringelnatz & Co. —repitió Valerie con un suspiro.

Luego se dirigió hacia la pequeña trastienda, a la que se accedía por dos escalones y que también estaba separada del espacio de venta por una cortina de volantes, posiblemente confeccionada con lo que había sobrado del gran telón de teatro que enmarcaba el escaparate. La caja registradora parecía sacada de una película de los años treinta; grande y negra, aunque alentadoramente brillantada, se asentaba sobre el escritorio. Pero naturalmente estaba vacía. O mejor dicho, casi vacía. En el cajón había diez céntimos y, al lado, varias monedas sin clasificar que en total sumaban más o menos la misma cantidad. A mano derecha, encima de la mesa, había una caja que a Valerie le recordó al fichero de la parte antigua de la biblioteca de la universidad; a la izquierda vio un cuaderno de contabilidad manoseado que, nada más hojearlo, se reveló como libro de caja.

—¡Ajá! —murmuró Valerie—. Después de todo, sí llevabas la contabilidad.

De pronto, abrigó una pizca de esperanza: a lo mejor la cosa no era tan grave como parecía. Pero al cabo de dos minutos, la esperanza se desvaneció y se convirtió en una vana ilusión.

—Bueno, esto no puede ser —constató Valerie.

A continuación, decidió cobrar fuerzas con un café, pero enseguida cambió de idea al comprobar que en el reino de la tía Charlotte evidentemente no tenía cabida el café. Optó por hacerse un té, para lo cual puso en funcionamiento el samovar con cierta torpeza.

Un samovar consta de un infiernillo bastante grande sobre el que se posa una pequeña tetera que se llena de hojas de té sobre las que luego se vierte el agua hirviendo que sale de un grifo de la parte inferior. Después, la tetera se vuelve a colocar en su sitio hasta que el té repose y esté suficientemente cargado como para servirlo en dosis más o menos homeopáticas en una taza; luego se va añadiendo a la taza más agua hirviendo hasta obtener la mezcla deseada. Todo esto dura aproximadamente lo que parece, por lo que Valerie pasó más tiempo de lo previsto esperando. Así que alcanzó un libro de la estantería al azar y se sentó otra vez en el viejo sillón de lectura de la tía Charlotte, para hojearlo un poco.

El primer capítulo empezaba con una llegada, como tantos otros libros y como la propia historia de Valerie, al menos en lo que se refería a la pequeña librería de su anciana tía. De todos modos, en el libro la llegada se producía a una hora más tardía o, para ser exactos: «Era última hora de la tarde cuando llegó K. El pueblo se hallaba sepultado por la nieve. No se veía la montaña del castillo. Era tal la niebla y la oscuridad que lo rodeaban, que ni siquiera un tenue resplandor de luz insinuaba

el gran castillo. K. se detuvo un rato largo en el puente de madera que llevaba desde la carretera hasta el pueblo y se quedó contemplando el aparente vacío de allá arriba...».

Un buen samovar posee un mecanismo por el cual el infiernillo se apaga por sí solo cuando lleva demasiado tiempo encendido, aunque conviene saber que los samovares están pensados para que el agua permanezca mucho tiempo en ebullición. El ejemplar de Charlotte podría haber tenido también ese mecanismo. Pero procedía de la Rusia postsoviética, una época en la que ya no había que temer el poder del aparato político y aún no había que temer el poder de los clientes. Así que el agua siguió hirviendo e hirviendo sin cesar hasta que a Valerie le cayó sobre el regazo un papelillo de la página 248 y alzó la vista extrañada.

Fuera había empezado a anochecer. Hacía tiempo que el suave soplo primaveral se había convertido en una corriente de aire traicionera que ya se le había agarrado a Valerie a la nariz. Así fue pasando el día mientras el té seguía en su tetera y el resfriado iba en aumento; por primera vez, Valerie se leyó una novela de Franz Kafka, esperando página por página a que por fin empezara a aburrirle, cosa que para su extrañeza no ocurrió.

El susodicho papelillo resultó ser un boletín de pedido en el que la tía Charlotte había anotado con una precisión extremada el número de ejemplares que había vendido de ese libro. Eran muchos. Tantos, que la hoja estaba casi enteramente repleta, por delante y por detrás, de rayas muy juntas, y si no hubiera estado anotada la fecha del primer pedido, Valerie lo habría tomado por un auténtico best seller: 12-X-1959.

—Más bien parece un *longseller*, un clásico —constató.

Volvió a meter la hoja de pedido en el libro, lo cerró y lo dejó a un lado. Ahora le sentaría bien una taza de té hirviendo. Cerró la puerta, eligió uno de los vasos deportillados del armario que había encima del fregadero —ambas cosas alojadas en un nicho del despacho e invisibles desde la tienda—, se sirvió un dedo de té marrón oscuro y lo llenó del agua que hervía en el infiernillo. Luego se sentó de nuevo junto al escritorio, sacó una hoja de papel y empezó a hacer anotaciones.

La economía empresarial puede ser calificada como una ciencia tan útil como imprecisa. A una mujer joven que esté flotando por encima de las cosas sin duda le proporciona cierto contacto con la realidad y, en caso de que no la tenga por naturaleza, también la necesaria conciencia de sí misma como para considerar que se pueden resolver hasta las tareas más irresolubles, como por ejemplo, llevar, rescatar o incluso liquidar una pequeña librería que se ha quedado sin dueña y, desde luego, sin clientela. Por eso no debe extrañarnos que al final de una larga noche hubiera junto a la caja registradora una lista de cuarenta y ocho medidas encabezadas con el curioso título de «Primeros pasos: medidas a corto plazo», entre las que figuraban palabras tan significativas como: control de caja, cita con el banco, inventario, comprobar gestión de mercancías, examinar suministros y servicios, revisar liquidez, deudas, ¿asesor fiscal?, ¿línea de crédito?, ¿balance de sumas y saldos?

A estas alturas de nuestra historia, ya va siendo hora de acabar con un prejuicio muy extendido. La mujeres de unos veinticinco años, instruidas e incluso con gafas

—hay que decir que Valerie llevaba lentes de contacto, al menos ese día— no tienen por qué ser forzosamente románticas. Al contrario, a menudo tienden a una acusada sensatez cuyo origen y finalidad son muy difusos. Y quien hubiera visto al joven que llamó a la puerta hacia las nueve, no habría tenido más remedio que adherirse a esta opinión. Valerie abrió la puerta y acercó la mejilla a Sven mientras echaba un vistazo al cielo, preguntándose cuánto faltaría para que empezara a llover.

Sven, que había comenzado recientemente a trabajar como aprendiz en servicios de asesoramiento empresarial, lanzó una mirada a la tienda, puso los ojos en blanco y dijo a modo de saludo:

—No quiero ni imaginar el monto de las existencias que tendrás que devolver.

—Buena observación —respondió Valerie, y volvió corriendo al escritorio para anotar enseguida: «Valoración de las existencias».

De hecho, las estanterías estaban abarrotadas de madera muerta. Entonces cayó en la cuenta de que los libreros supuestamente tenían derecho a devolver los libros enviados por las editoriales, a «hacer devoluciones», como suele decirse. De modo que añadió otro punto: «¿Devolución? ¿Restitución / compensación?».

—¿Has terminado? —quiso saber Sven, mientras se acercaba al escritorio y lo inspeccionaba.

Valerie alzó la vista hacia él y comprobó que de nuevo intentaba dejarse crecer esa ridícula barba de tres días. El primer día solo había conseguido una sucia coloración en los mofletes. Al saludarlo con un besito, Valerie había notado que ya raspaba. Mañana resultaría aún más desagradable y pasado mañana estaría horroroso.

—Deberías afeitarte.

—Mmm.

—Enseguida acabo. Déjame comprobar que lo he dejado todo bien.

La ronda de inspección duró exactamente treinta segundos. La tienda apenas tenía cuarenta metros cuadrados; la cocina, que al mismo tiempo era despacho, tendría unos diez, o más bien ocho: no había, por tanto, mucho terreno que patrullar. Valerie agarró el bolso, donde en el último momento metió a Kafka, empujó a Sven para que saliera de la tienda y cerró la puerta tras ella, sin darse cuenta de la sombra que pasó velozmente junto a sus pies.

TRES

Quienquiera que haya declarado mayo como el mes más delicioso del año, habrá vivido en Isla Mauricio. O en Hawái. En tierras centroeuropeas no se percibe demasiado esa delicia. El catarro incipiente de Valerie había evolucionado durante la noche hacia una auténtica infección. Desde el día anterior, el cielo parecía anunciar el fin del mundo. Con los dedos tiesos por el frío, Valerie tanteó la cerradura con la llave, echó pestes porque la puerta no abría bien, se abalanzó contra ella con tal fuerza que a punto estuvo de caer estrepitosamente al suelo y, cuando al fin logró tener un techo sobre la cabeza, se sintió aliviada. Dejó el paraguas chorreando en un rincón y se refugió en el aseo; en el espejo diminuto que había encima del pequeño lavabo vio a una extraña agotada. Se acordó del samovar, agradecida de que la tía Charlotte hubiera sido una persona tan chapada a la antigua. Qué bien le vendría ahora. Rápidamente llenó el recipiente para hervir el agua, echó un puñado de té en la tetera y se desenrolló la bufanda para ponerla a secar en el respaldo de la silla.

Ringelnatz & Co. había sido en otro tiempo una de las direcciones más prestigiosas del barrio. Fundada tras los

años más tenebrosos, la librería fue desde el principio un faro de la cultura y del espíritu, y lo siguió siendo durante muchos años; además, la joven y entusiasta librera, con su ingenio y su alegría de vivir, había inducido a la lectura a más de un joven. Pero con el tiempo las cosas cambiaron y el barrio se transformó. De las dos opciones —rehabilitación de lujo y aburguesamiento o decadencia y descenso social— el barrio en el que se hallaba Ringelnatz & Co. tuvo que escoger la última. A eso se añadía que ambas iban cumpliendo unos años: la librera y su tienda. Es cierto que hubo una etapa en la que, por su mera existencia, se las miraba a ambas con simpatía, y sus libros incluso cosechaban reseñas favorables en los periódicos locales. Pero los lectores no se dejaban convencer, y menos aún los nuevos. Los viejos clientes, los que llevaban años o décadas yendo a la librería, a veces se acordaban de ella y hasta se pasaban por allí de cuando en cuando. Luego se ponían a hablar de los viejos buenos tiempos, se lamentaban del desinterés que mostraba la juventud por los libros, compraban algún librito de la editorial Insel con poemas de Hesse («En su día me gustó tanto, que quiero regalárselo a mi nieta.») y volvían a desaparecer de la vida de la librera.

De todos modos, hay que reconocer que la librería —si se prescindía de cierta decadencia encantadora— seguía siendo una joya, y no solo por las recias estanterías de madera de nogal que llegaban hasta el techo, ni por la suntuosa cortina o la crujiente pero preciosa tarima que, recién encerada, recordaba un poco a la pulida tablazón de un velero de lujo... No, sobre todo por un surtido de libros tan sabia y esmeradamente escogidos como amorosamente cuidados.

En realidad, la intención de Valerie era haber completado en casa la lista de todo lo que tenía que hacer. Pero al final había terminado de leer a Kafka y luego se había quedado dormida en el sofá. Ahora dejó el libro en una banqueta que seguramente utilizaba la anciana para alcanzar libros de las baldas más altas de las estanterías. Pensó que ya no podría venderlo porque se notaba que había sido leído. Pero por otra parte, ¿no había descubierto Valerie el día anterior, al hacer la inspección de la tienda, un rincón con libros de segunda mano? En efecto, cuando volvió a mirar con más detenimiento, comprobó que una parte de la tienda, la más alejada de la puerta (lo que en un local tan pequeño tampoco significaba gran cosa), estaba dedicada a libros usados. O más bien habría que decir: a libros muy usados. Había mucho libro encuadernado en piel con el lomo dorado, algunos de ellos empalidecidos por la luz de los años y otros completamente deslustrados. Pero todos los libros que la tía Charlotte había reunido en esos dos estantes habían sido tratados con especial mimo. Valerie escogió un volumen, que evidentemente había sido reencuadernado en algún momento, y lo abrió; parecía una compilación de cuentos, pero en realidad era una novela:

«Te dispones a leer la nueva novela de Italo Calvino *Si una noche de invierno un viajero*. Relájate. Concéntrate. Aparta de ti cualquier otro pensamiento. Deja que tu entorno se desvanezca en la incertidumbre. Más vale que cierres la puerta; fuera está siempre puesta la televisión. Diles a todos: “¡No, no quiero ver la tele!”. Alza la voz; de lo contrario, no te oirán: “¡Estoy leyendo! ¡No quiero que me molesten!”. A lo mejor no te han oído, con todo ese follón; dilo más alto, grita: “¡Estoy empezando a leer

la nueva novela de Italo Calvino!”. O no lo digas si no quieres; esperemos que te dejen en paz».

Valerie no pudo por menos que sonreír. Nunca había leído un libro que empezara así. «Búscate la postura más cómoda: sentado, estirado, en cuclillas o tumbado. Boca arriba, de lado, boca abajo. En el sillón, en el sofá, en la mecedora...»

Parecía todo un enorme sinsentido, una tontería de lo más absurda, pero al mismo tiempo era divertido leer esos cuentos tan sorprendentes como enrevesados, a partir de los cuales surgía una novela rarísima que llevaba a Valerie a través de los tiempos y de los países como si fuera montada en un tiovivo literario y respondón, al que le importaban un bledo las convenciones y que en cada página se hacía descaradamente cómplice de la lectora.

Una vez más, nuestra protagonista pasó varias horas entretenida con la lectura en el sillón de la anciana librería, mientras a su lado no paraba de hervir el samovar, que al menos desprendía un calorcito muy agradable. Aún no había bebido nada; ni siquiera se había servido una sola taza. Pero no le importaba. Al contrario, notaba lo bien que le sentaba leer cada cuento por el mero placer de leerlo. Y para su desconcierto, descubrió que disfrutaba siguiendo a este curioso autor por el ingenioso laberinto de su narrativa finamente cincelada. No lo había vuelto a hacer desde la época del colegio, y por aquel entonces le parecía una especie de tortura mental especialmente penosa. Aún recordaba vagamente las cosas tan raras que había tenido que aprender: quiasmos y tropos, pleonasmos, metáforas, elipsis y toda clase de neblinas conceptuales tras las cuales, supuestamente, se ocultaba el acceso a la letra escrita. En estos cuentos, en cambio, no pasaba

nada de eso. Al contrario: cuanto más pensaba Valerie en el lenguaje juguetón del autor y más se adentraba en los sorprendentes giros y locuciones del tal Italo Calvino, más se divertía y más curiosidad le entraba.

O, por decirlo en palabras del propio Calvino: «Si lo piensas bien, es mejor para ti tener algo delante y no saber exactamente qué es».

Ringelnatz & Co. ha de imaginarse como una tienda que, según los parámetros actuales, no sería rentable. Muy poca superficie. Un negocio tan pequeño sería muy excepcionalmente rentable si comerciara con artículos pertenecientes a un segmento de alta gama, como, por ejemplo, joyas y relojes caros, quizá también cosméticos de lujo, y siempre que contara una clientela fija sólida y pudiente. Una librería, sin embargo, difícilmente puede sustraerse al dictado de las masas. Y por muy optimistas que seamos (que naturalmente lo somos), Ringelnatz & Co. era, incluso dentro de las librerías pequeñas, una librería pequeñísima. Un local de venta en un bajo, perpendicular a la calle, representado por un «gran» escaparate que estaba dividido en dos por una puerta de cristal. Dentro, a ambos lados, así como al fondo a la izquierda, estanterías que llegaban hasta el techo repletas de libros apretujados; al fondo a la derecha, una pequeña escalera de dos peldaños que daba a la cocinita. Allí, dos puertas estrechas, una de las cuales llevaba al aseo y la otra a un patio interior donde, desde hacía mucho tiempo, no se producía ningún intercambio social. Todo esto en apenas cincuenta metros cuadrados.

Pero pese a la estrechez del local, la antigua librería había logrado trabajar con un surtido muy amplio. Es

cierto que a los libros les faltaba espacio para reclamar la atención; tan solo unos pocos podían mirar al cliente a la cara. A cambio, resultaba difícil imaginar a un aficionado a la lectura que no encontrara en esta cámara del tesoro el libro que realmente colmara sus deseos. Ningún amante de los relatos románticos, ningún lector de ensayos históricos, ninguna aficionada a la lírica... ¡Sobre todo la lírica! Valerie comprobó enseguida que la tía Charlotte tenía debilidad por la poesía. Tanto entre los libros nuevos como entre los de segunda mano, la lírica ocupaba un lugar muy importante. No faltaba nada: ni los versos de rigurosa rima, y a veces un tanto extraños de Andreas Gryphius, ni las canciones tan ágiles como profundas de Heinrich Heine, ni la elegíaca sensualidad de Rilke, ni tampoco la brutal sinceridad de Trakl o la apasionada sutileza de Neruda. Literatura moderna, obras cómicas, lecturas un tanto sesudas... Pero sobre todo, libros humorísticos; la anterior librería parecía haber tenido una especial predilección por ellos.

Y a decir verdad, después del libro de Italo Calvino y de dos volúmenes de Robert Gernhardt, Valerie se encontraba mucho mejor. ¿La literatura como terapia? ¡Nunca lo hubiera imaginado! Y sin embargo, la joven intuyó que sus pequeñas incursiones en el humor le habían ayudado a superar la infección, cuando al cabo de dos días recuperó el ánimo y ya no le costaba ningún esfuerzo entregarse a la tarea que tenía por delante.